



HOMILÍA

Rvdm. P. Abad, Dom Anselmo Álvarez Navarrete

Domingo de Resurrección

8 de abril, 2007

“Nosotros que hemos vivido los días de la pasión del Señor” (liturgia pascual), hemos escuchado también, con las santas mujeres y con los apóstoles, que el Señor vive, y con ellos hemos entendido las Escrituras: “que Él había de resucitar de entre los muertos” (Jn 20, 9) para nuestra justificación

Estamos culminando la celebración del misterio pascual:

El Jueves Santo hemos contemplado a Cristo ofrecerse sobre la mesa de la Eucaristía en comida y bebida, en cuerpo y sangre, para la vida del mundo. El Viernes, sobre la mesa de la Cruz, Jesús ha extendido su cuerpo y vertido su sangre como holocausto para la gloria del Padre y la vida del hombre. Anoche, en la Vigilia Pascual, Dios se ha puesto al frente de su pueblo para sacarlo de la tierra de la esclavitud y de la idolatría y para conducirlo, de día con una nube y de noche con el resplandor del fuego, hacia una nueva patria de libertad, hacia la tierra del encuentro y de la convivencia entre ambos, Dios y su pueblo, y que por eso sería una tierra que manaba leche y miel.

En esta mañana del Domingo de Pascua la resurrección anuncia a todos que Cristo vive y que Él es la resurrección y la vida de todos los hombres. Estos son los misterios pascales que constituyen la piedra angular del pasado y del futuro de la humanidad. En ellos Dios ha dicho y ha hecho, a la vez simbólica y realmente, todo lo que sustenta la esperanza presente y eterna del ser humano. Aquí se encierra todo lo que debemos saber y todo el camino que hemos de recorrer en nuestra propia existencia. Ellos son los indicadores de la situación del hombre ante Dios y ante sí mismo. En ellos están toda la realidad y todos los símbolos que describen la obra de Dios para hacer posible la salvación humana, ayer, hoy y hasta el final de los tiempos. Y en ellos está toda la energía con que contamos para realizar el sentido y la empresa humanos.

Dios ha hablado al hombre muchas veces y de muchas maneras (Hbr), pero nunca tan fuertemente, nunca con argumentos tan perentorios, como en su Pasión y Resurrección. Este lenguaje contiene los hechos más portentosos y decisivos de Dios, porque representan el gesto máximo de su acción por el hombre, algo sin paralelo en la historia de Dios, y que para nosotros es el momento de nuestra segunda creación. El

rechazo de estas acciones divinas, de esta mano tendida por Dios, renovaría por nuestra parte la voluntad de exclusión de Dios de la esfera humana, la declaración de incompatibilidad con Dios, pero también la renuncia a alcanzar la figura y la medida del hombre perfecto, la posibilidad de acceder a la plenitud de vida y perfección previstos por Dios.

Pero estos acontecimientos, en los que hemos oído al ángel anunciar: “no está aquí: ha resucitado” (Lc 24,6), no pertenecen únicamente al pasado. Ni tampoco a la leyenda. La Iglesia y la humanidad no son convocados para rememorar, año tras año y día tras día, en la Eucaristía, una metáfora o una historia apócrifa. Si así fuera todo lo levantado en su nombre sería también una quimera, y como todo lo legendario, se habría disuelto hace mucho tiempo. Pero las palabras del ángel tienen hoy la misma fuerza y el mismo significado de entonces. Por eso Cristo continúa vivo en la Eucaristía, con su cuerpo y sangre, con su alma y divinidad. Por eso Cristo vive, aun cuando son tantos los que anuncian su muerte o no creen en su resurrección.

Y por eso, el sepulcro no está hecho para Cristo, ni para lo que vive en Él y de Él: el espíritu, la Iglesia, la Verdad, los cristianos. Para ellos está sí hecha la Cruz, pero como anticipo de la Resurrección. El sepulcro fue abierto neciamente para encerrar al Autor de la Vida, para el Creador y Redentor del hombre, pero el sepulcro abrigará perpetuamente la pretensión de dar muerte a la vida, de extender en el mundo el pecado, la muerte y las tinieblas.

El tiempo de Dios no ha pasado porque así lo decreten los hombres. Nadie decide nada acerca de Dios. Es un empeño inútil negarle o rechazarle. Él se afirma a sí mismo, soberanamente, según expresa su propio nombre: *Soy el que Soy*. Nadie puede negar *lo que es* ni *al que es*. El que es se sustenta en Sí mismo, está soberanamente por encima de cualquier veredicto que le reconozca o le rehuse.

La Resurrección es el acontecimiento que imprime el sentido y la energía de la historia. Hacia él se orientan todas las demás interrogantes que conciernen vitalmente al hombre. Es el acontecimiento que está en el centro del tiempo para iluminar todos los tiempos, para señalarles su única dirección válida y afirmar la esperanza fundamental de los hombres: que también nosotros resucitaremos con Él y que “apareceremos juntamente con Él en gloria” (Col 3, 4).

¡Feliz Pascua de Resurrección!
